

FLAMENCO

José Mercé y la memoria del cante

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO
"Comparito mío, Cuco..." Los aires *siguiriyeros* de tío José, el de la Paula, que Parrilla el viejo enseñara a tía Anica la Pirañaca y que ahora canta un gitano de 28 años que se llama José Mercé; sobrino de Manuel soto *Sordera*, y biznieto o tataranieta, pienso, de Paco la Luz... Siglo y medio, por lo menos, de memoria del cante.

No son muchos los jóvenes *cantaores* preocupados por guardar esa memoria en su mayor pureza. José Mercé es uno de ellos, y uno de los más seriamente empeñados en que las esencias antiguas sigan alentando un arte por tantos conceptos único. *Soleares* y *siguiriyas*, alegrías y fandangos, bulerías..., todo el cante, o casi, está ahí, y José lo interpreta con el magisterio que no puede aprenderse. Y por si fuera poco, aún se fue a Levante y bordó una copia por tarantos y otra por cartageneras.

José Mercé tiene el *don* que viene ni se sabe de dónde, pero que marca a los artistas excepcionales, privilegiándolos con una especie de estado de gracia en que todo lo que hacen está bien hecho. Parece muy fácil, pero hay que hacerlo.

Por añadidura, a José Mercé se le da una voz espléndida, con ecos de impresionante belleza y un rajo gitano para decir basta. Cuando está a gusto con su cante —casi siempre que canta, por la enorme afición que le tiene—, inevitablemente se produce la grandeza deseada.

Público enfervorizado

José Mercé cantó el pasado viernes en la tertulia flamenca Antonio Mairena, de Aranjuez, ante un público respetuoso y enfervorizado. Se estableció inmediatamente la comunicación imprescindible para que el milagro del arte flamenco se produzca.

Abrió el recital un aficionado local, Juan Hernández, quien lo hizo con dignidad y conocimiento, apoyado en una voz muy *cantaora* y grata. Juan Antonio Muñoz acompañó a los dos, Hernández y Mercé, a la guitarra con autoridad y acierto; entiende perfectamente que el secreto está en que el toque establezca un diálogo entrañado con el cante, y se atuvo a ello con verdadero regusto. Y cuando se aventuró a breves falsetas individualizadas, que nunca rompían la unidad del cante, lo hacía —por *siguiriyas*, por tarantos, por bulerías— con exquisitez y delicadeza ajemplares.

Una noche, en fin, de las que hacen afición y reconcilian a quienes ya la tenemos con un arte que, desgraciadamente, con frecuencia nos viene castigando de manera inmisericorde.

El País

25 de Julio de 1983.